

LA SITUACIÓN ECUMÉNICA EN EUROPA *

(Perspectiva católica)

Quiero presentar el tema “La situación ecuménica en Europa” a través de tres etapas. Primeramente quiero preguntar qué es Europa y qué significa Europa ecuménicamente. La segunda parte estudia qué es el ecumenismo y su situación actual en Europa. Finalmente quisiera hablar, sin pretensión de exhaustividad, sobre dos tareas que tienen los cristianos en la Europa de hoy y de mañana.

I. EUROPA, UN DESAFÍO ECUMÉNICO

Comencemos con la primera pregunta: ¿qué es Europa? ¡Difícil de decir! Europa no posee unas dimensiones geográficas considerables tales como las de África, Norteamérica y Latinoamérica o Australia. Geográficamente Europa es un apéndice, en cierto modo una península de Asia. Pero, ¿dónde comienza Europa y dónde termina? ¿pertenece a ella Turquía? ¿hasta qué punto forma parte de ella Rusia? Estas cuestiones no pueden ser respondidas desde una perspectiva meramente geográfica. Europa tampoco es una extensión

* Traducción de la lengua alemana al español del Prof. José Ramón Matito Fernández. Revisión técnica y teológica del Prof. Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho.

uniforme en los planos étnico o lingüístico. ¡Absolutamente todo lo contrario! En Europa confluyen en el espacio más estrecho los pueblos y las lenguas más diferentes.

A la pregunta sobre qué es Europa existe sólo una respuesta: Europa es una extensión formada históricamente, un destino que se ha formado históricamente, y una comunidad económica. Sólo puede responderse a la pregunta sobre la identidad de Europa arrojando una mirada sobre la historia europea, que está inseparablemente unida a la historia del cristianismo. Aquí sólo puedo exponer esta historia muy brevemente y de forma muy resumida. La formación de Europa tiene lugar a través de tres grandes etapas:

Primera etapa: el Imperio romano mediterráneo, al que pertenecían el Imperio de Occidente y el Imperio de Oriente (Bizancio), o, en el lenguaje actual, el oeste y el este de Europa, que comprende, hacia el sur, el norte de África, y hacia el norte se extiende hasta el *limes*. El Imperio Romano originó y constituyó un espacio cultural uniforme, ligado a través de un ordenamiento jurídico común, que aún hoy es fundamental para el derecho internacional, tanto continental como europeo. Hasta el siglo XVIII el latín fue la lengua común de las personas cultas.

La segunda etapa se inició con los acontecimientos referidos en el capítulo 16 de los Hechos de los Apóstoles. Aquí se nos narra un sueño nocturno que tuvo Pablo en Tróade, Asia Menor, en el que interpretó como una señal divina dirigir su viaje misionero hacia Grecia y, finalmente, hacia Roma. En poco tiempo el Imperio romano fue cristianizado, tras lo cual el mensaje cristiano fue llevado a los francos, a los germanos y hacia el este y el norte de Europa. Sin embargo, ya en la oleada árabe del siglo VII se desmoronaron los límites del sur, es decir, el norte de África, y tras la caída del Imperio romano de Occidente en el siglo VI el papado tuvo que pedir la ayuda de

los francos. Esto condujo al distanciamiento con el Imperio oriental y con la Ortodoxia. La ampliación hacia el norte supone para el sacro Imperio romano de la Edad Media un doble estrechamiento y dos problemas que acompañan a Europa hasta hoy: la separación del mundo ortodoxo y el mundo islámico, sentido principalmente como algo amenazador, al

que Europa estuvo enfrentada a lo largo de toda su historia (la Reconquista española, las cruzadas, la guerra contra los turcos, con su legendaria batalla de Lepanto y el temor ante los turcos a las puertas de Viena).

Tercera etapa: la separación de Oriente significó al mismo tiempo un empobrecimiento, y la extenuación espiritual de la baja Edad Media fue *una* de las causas de la Reforma del siglo XVI, la cual aportó un elemento esencial con el mensaje de la libertad del cristiano. Pero como consecuencia de la escisión de la Iglesia occidental y de las consiguientes guerras de religión, el sacro Imperio romano terminó deshaciéndose no sólo políticamente, sino también espiritualmente. La religión cristiana ya no fue nunca más creadora de unión sino causa de división. De esta forma hubo que ponerse de acuerdo sobre el fundamento de la razón común a todos; y esta fue *una* de las causas de la Ilustración y de la secularización modernas, es decir, el desplazamiento de la fe del ámbito público y su reducción al ámbito personal y privado. Esto constituía un hecho ambivalente. Por una parte, la herencia cristiana permaneció de forma secularizada en la idea moderna de los derechos humanos universales, determinante para la cultura europea moderna; por otra parte, existen poderes radicales que intentan emanciparse justamente de esas raíces cristianas y, en definitiva, de la fe en Dios.

De este breve bosquejo pueden extraerse dos consideraciones. La primera: el cristianismo es una raíz constitutiva de Europa. Sin el cristianismo Europa no habría llegado a ser Europa. El cristianismo pertenece a la identidad europea. Sólo hay que ir desde Gibraltar hasta Estonia para ver lo que une a Europa. Se encontrarán distintos pueblos y lenguas, pero por todos sitios se hallará la cruz, y, en el corazón de las antiguas ciudades, catedrales. Negar u ocultar las raíces cristianas de Europa contradice toda evidencia histórica.

A esta primera apreciación sigue una segunda. No solamente hay que buscar la unidad de Europa en la historia del cristianismo europeo, sino también su división. Las rupturas confesionales entre Oriente y Occidente, así como en el interior de Occidente, no sólo tienen, entre otras, causas socioculturales, sino también consecuencias socioculturales. La cristiandad oriental ortodoxa, así como la cristiandad católico-latina y la evangélica, produjeron, junto a sus distintas

Iglesias y sistemas doctrinales, distintas espiritualidades, distintas culturas, distintas mentalidades y distintos ambientes.

Los diferentes ambientes se pulen actualmente bajo la influencia del proceso de secularización, de la industrialización y de las corrientes migratorias; en el sustrato todavía siguen estando presentes. Pensemos sólo en el norte de Irlanda, en las tensiones entre polacos y rusos, o en el afecto cordial entre bávaros y prusianos. Es decir, la división entre la cristiandad ortodoxa, la católica y la evangélica (aún más diversa) es *una* de las causas del drama europeo.

La consecuencia final de estas dos consideraciones es que el actual proceso de unificación europea es una oportunidad histórica única, que vuelve a juntar de nuevo lo que corresponde que esté unido. Esto consiste en mucho más que una integración económica. Ésta sólo puede resultar si va acompañada de unos valores comunes. Sin la masilla espiritual que una vez consolidó Europa, sin el cristianismo, Europa no puede volver a unirse. La falta de esta masilla es, junto a alguna otra, la causa más profunda de la actual crisis europea y de la actual euro-frustración.

Por eso, no contar con el cristianismo como uno de los dinamismos unificadores e identificadores de Europa no sólo supone una falta de estima, sino también una miopía política; un error en definitiva, del que los cristianos, con su división, son cómplices en gran medida. Como cristianos hoy tenemos el reto de estar unidos ecuménicamente por Europa y por una paz europea.

II. ECUMENISMO, CAMINO HACIA EL FUTURO

La pregunta sobre qué es Europa y dónde se encuentra actualmente, conduce directamente a la segunda cuestión sobre qué es y qué pretende ser el ecumenismo, y dónde se encuentra actualmente en Europa.

Sin duda alguna que el movimiento ecuménico es uno de los pocos grandes dones históricos de la gracia, del que hemos sido hechos partícipes en el, por lo demás, tan oscuro siglo XX. No es el resultado de un espíritu liberal relativista de la época, es un impulso del Espíritu Santo (Concilio Vati-

cano II). Por ello es irresponsable hablar mal del movimiento ecuménico.

Cierto que aún no ha alcanzado su meta específica, la unidad del cristianismo. Pero eso no significa que hasta ahora no haya conseguido nada. Al contrario. El verdadero fruto no son los muchos textos de consenso y convergencia publicados, que sólo hasta el año 2001 abarcan tres gruesos volúmenes con un total de 2295 páginas (considerando sólo los documentos internacionales, sin contar con los innumerables documentos regionales y locales). Por supuesto que estos documentos tienen su significado. Para la parte católica la “Declaración sobre la doctrina de la justificación” (1999) sigue siendo un hito, y asimismo estamos agradecidos por lo logrado en la “*Charta Oecumenica*”. Sin embargo, no son ni estos ni otros documentos lo realmente decisivo. Mucho más importante que los documentos es lo que Juan Pablo II denominó el descubrimiento de una nueva fraternidad.

En su inmensa mayoría, los cristianos de las distintas confesiones ya no se tratan hoy como enemigos; y en general tampoco se tratan con indiferencia, sino como hermanos y hermanas que han recorrido en común la senda de la peregrinación ecuménica. Actualmente en Europa no sólo existen los “Acuerdos de una convergencia creciente” sino también una mayor y madura conciencia ecuménica. Comparado con toda la historia de la cristiandad esto es algo nuevo por lo que no podemos estar suficientemente agradecidos. Este proceso y el correspondiente compromiso de la Iglesia, como por otra parte Juan Pablo II reiteró fundamentándose en el Concilio Vaticano II, son irreversibles; su sucesor Benedicto XVI sigue de forma consecuente esta orientación desde el primer día de su pontificado.

La situación de Europa es particularmente compleja, y más compleja en esencia de lo que puede parecer a primera vista. No sólo Europa en general, sino también la situación ecuménica en Europa ofrece un panorama variopinto.

En Alemania trabajamos con dos Iglesias de dimensiones similares que se siguen considerando Iglesias nacionales. Se trata de una situación eminentemente excepcional, porque en casi todos los otros casos existe una Iglesia que es claramente mayoritaria y otra que es minoría; es el caso

de los países escandinavos y Gran Bretaña, por una parte, y los países románicos y del este de Europa por otra parte. Igualmente, la relación Iglesia-Estado se expresa de forma totalmente distinta en los propios países europeos. Existe el laicismo francés, la separación radical de Iglesia y Estado, junto a esto existen restos estructurales eclesio-estatales (países escandinavos, Gran Bretaña), o el privilegiado estatus establecido históricamente para una Iglesia (Grecia, Rusia), y, finalmente, hay que mencionar el modelo de cooperación alemana. De forma análoga también es distinto el grado de secularización y de identificación con las respectivas Iglesias de cada uno de los países.

Estas distintas situaciones históricamente condicionadas producen en la conciencia media una percepción diferenciada del problema ecuménico y distintas exigencias ecuménicas. Por eso no se pueden convertir los problemas de cada país particular en el punto de partida y el criterio exclusivos. Hay que atender a la diversidad europea y, consecuentemente, a la variedad de su problemática.

Es cierto que existen numerosos problemas. A este respecto, ni quiero ni puedo enumerarlos todos, así que me limitaré a un único problema que me parece principal: el dilema y problema verdaderos de la situación ecuménica consiste en que ya no estamos de acuerdo en lo que es el ecumenismo y en cuál es su objetivo. Nos encontramos ante distintas concepciones ecuménicas. Ya no sabemos lo que queremos y lo que hemos de buscar. Esta es una situación peligrosa, pues si ya no estamos de acuerdo en la meta existe el peligro de que se avance por distintos caminos, quizá incluso opuestos, y que al final se siga estando tan separados como al principio. También se puede discutir estando separados.

La "Charta" del Consejo Mundial de la Iglesias determina la meta del ecumenismo de forma clara e inequívoca, refiriéndose explícitamente a la meta de la unidad visible. Sin embargo, la pregunta es ¿unidad visible en qué? Ciertamente que no se trata de una unidad hasta el último punto y hasta la última coma. Unidad no significa "univocidad" ni uniformidad. Todas las Iglesias saben que ya en el concilio de los apóstoles la expresión de la unidad eclesial, así como de la libertad cristiana, fue "no imponer más cargas que las indispensables" (Hch 15, 28). Sobre la meta de la unidad en la

diversidad estamos de acuerdo. La penúltima asamblea general en Harare (1998) ha descrito esta unidad visible en la diversidad con palabras conmovedoras, pero, al mismo tiempo, ha admitido que actualmente no tenemos una visión común de esta unidad visible.

Nos encontramos con una idea de unidad ortodoxa, católica y evangélica, y esta última aún más diversa en sí misma. Las ideas ortodoxa y católica de unidad son relativamente cercanas. Ambas Iglesias tienen una unidad visible en una misma fe, los mismos sacramentos y en el ministerio episcopal fundado por los apóstoles. La diferencia consiste en que según el convencimiento católico, distinto a la idea ortodoxa, la unidad tiene también en el plano universal una cabeza visible, el ministerio de Pedro. Sobre esta cuestión volveremos en el diálogo internacional recientemente retomado. No resultará un diálogo sencillo, pero lo abordaremos llenos de confianza.

Lo que es común a la concepción ortodoxa y católica se acerca algo al concepto del “Acuerdo de Porvoo” entre la Iglesia de Inglaterra y las Iglesias escandinavas; sin embargo, se diferencia de la concepción de Leuenberg, propia de la mayor parte de las Iglesias evangélicas centroeuropeas. Si se me permite explicarlo brevemente, el concepto de Leuenberg apenas si avanza sobre la concepción clásica, proponiendo un reconocimiento mutuo de las distintas estructuras episcopales, presbiterales y sinodales existentes. Esta concepción le dio un buen impulso al ecumenismo interevangélico en Europa. Sin embargo, en el ámbito mundial no ha hallado mayor consenso dentro de las Iglesias luteranas. En cualquier caso, no es compatible con el concepto católico y ortodoxo de unidad.

Tras las distintas concepciones de unidad late una comprensión también distinta de Iglesia. Como no estamos de acuerdo en lo que es la Iglesia y en lo que ha de ser según la voluntad fundacional de Jesucristo, tampoco lo estamos en lo que significa la unidad de la Iglesia. Esto conlleva diferencias en la concepción de la eucaristía y del ministerio ordenado. Debido a estas diferencias, para la Iglesia católica (y de forma similar para las Iglesias ortodoxas), no es posible una invitación general para la eucaristía de forma sincera. Para muchos, yo mismo incluido, esto supone una dolorosa

constatación; el dolor y la añoranza de tantos han de ser para nosotros motivo de empuje y responsabilidad.

Las diferencias han vuelto a acentuarse en la última década tras una primera fase más eufórica. Todas las Iglesias se han posicionado con claridad en los últimos años: las Iglesias ortodoxas ante la última asamblea general del Consejo Ecu­ménico de las Iglesias en Harare, la Iglesia católica en la Declaración “Dominus Iesus”, asimismo las Iglesias evangélicas en distintas declaraciones donde establecen claros límites, sobre todo, frente a la postura católica. Este ecumenismo de perfiles, como es llamado últimamente, provoca una cierta desilusión, pero también conduce hacia una mayor honradez. Esto no tiene nada que ver con un ‘invierno’ ecuménico o con el final del diálogo ecuménico. Al contrario; entre dos bancos de niebla no existe encuentro posible, sino que se confunden uno dentro del otro. Por eso, sólo dialogantes bien definidos por una postura, que conocen y valoran, pueden también valorar la postura del otro, entrar en un diálogo serio y producir un auténtico intercambio.

Así pues, el populismo ecuménico ya no ayuda, como tampoco ayuda echarse en cara mutuamente la ralentización del proceso. Hay que conocer con respeto las distintas posturas, desarrollarlas teológicamente de forma esmerada, y luego no discutir las a partir de las diferencias y de lo que separa sino a partir de lo que converge y lo que lleva al consenso. Se trata de un ecumenismo en la verdad y en el amor; por esta vía de un ecumenismo en la verdad y en el amor hemos logrado mucho en las últimas décadas, mucho más que los siglos precedentes. Por el camino de un honrado ecumenismo de consenso podremos proseguir en el futuro con la ayuda de Dios. No hay otra alternativa que sea realista. El ecumenismo es el camino hacia el futuro.

III. DOS TAREAS ECUMÉNICAS EN EUROPA

Después de haber hablado primeramente sobre Europa y luego sobre el ecumenismo, quisiera ahora mencionar todavía dos tareas del ecumenismo en Europa.

Ya he mencionado el desafío teológico y el trabajo conjunto en los ámbitos cultural, social y político. Ambos son

importantes, pero no podemos contentarnos sólo con ellos. El ecumenismo no es sólo un asunto académico, ni tampoco una mera cuestión de actuación conjunta. El ecumenismo es más; es una tarea espiritual a la cual no sólo están llamados algunos cristianos, sino todos los cristianos; porque aquí entra en juego el sacerdocio común de todos los bautizados, pues por el único bautismo, todos nosotros hemos sido incorporados al único Cuerpo de Cristo. Por eso, todos los bautizados tenemos una responsabilidad común por la unidad de todos los cristianos.

La Carta Magna del ecumenismo, la oración de despedida de Jesús, “que todos sean uno”, no es un mandamiento, una disposición o una orden, sino, ante todo, una oración dirigida al Padre. El compromiso ecuménico significa unirse a esta oración de Jesús y rezar en nombre de Jesús por la unidad. Sabemos que esta oración en nombre de Jesús ha recibido la promesa de ser atendida. Si rezamos por la unidad no puede haber lugar para los profetas de desgracia dentro del ecumenismo, ni para el pesimismo, el escepticismo o el derrotismo ecuménicos, porque sobre todo se ha anunciado esperanza.

Actualmente veo razones para esta esperanza. Consta con agradecimiento cómo, en muchos lugares, cristianos evangélicos, ortodoxos y católicos, sacerdotes y obispos, comunidades y movimientos religiosos, conventos y hermandades, trabajan juntos y leen en común la Biblia, comparten experiencias espirituales y rezan unidos. Estas redes espirituales que dimanan de las Iglesias pertenecen a los signos de esperanza de la situación ecuménica actual. Ellos han entendido que el ecumenismo espiritual es el corazón y el centro de todo ecumenismo.

Ahora bien, la oración ha de ser fructífera en la práctica. Así como no puede haber una gracia barata (D. Bonhoeffer) tampoco puede haber un ecumenismo barato que se contente con los más insignificantes denominadores comunes o que persiga acomodarse con astucia a la última moda. Ante todo, hoy tenemos razones para mostrar la alternativa cristiana. Lo más lamentable es que últimamente nos hemos dedicado a tratar, cada uno por su cuenta, algunas cuestiones éticas importantes, y ya no podemos dar testimonio unánime. La Iglesia una que confesamos en el Credo es también la Igle-

sia una y santa, de ahí que no exista ecumenismo alguno sin conversión y sin renovación personal e institucional. La mejor forma de ecumenismo es vivir el Evangelio.

Esto nos lleva a un segundo aspecto: el cristianismo ecuménico como alma de una cultura europea renovada. En su oración de despedida Jesús reza por la unidad de sus discípulos “para que el mundo crea”. La unidad de la Iglesia no es un objetivo en sí misma, sino signo e instrumento de unidad y de paz para el mundo. La división del cristianismo occidental fue *una* causa para la escisión de Europa y para el surgimiento de la secularización moderna, aquella que, en cierto modo, nos ha separado de las raíces cristianas. Ambas han sido extendidas al mundo por nosotros. Hoy, el movimiento ecuménico tiene la responsabilidad de ser signo e instrumento de una cultura europea renovada y de un orden de paz fundado en la justicia y en la solidaridad.

Esto incluye la superación constructiva de la secularización. Subrayo: superación constructiva. Pues por más que se pretendan vencer las tendencias que promueven una emancipación unilateral, y que terminan siendo destructivas, y se reconozca el orden otorgado por Dios, no se puede dar la palabra a nuevos antimodernismos e integristas. El Concilio Vaticano II ha cerrado esa vía con la declaración sobre la libertad religiosa y el reconocimiento de la autonomía del ámbito de lo mundano. De esta forma la Iglesia católica hace suyos los deseos positivos de libertad de la modernidad. La Iglesia rechaza el laicismo y el secularismo ideológicos, pero aboga por una laicidad y una secularidad legítimas, así como por la libertad de religión para todos.

La fe cristiana es un acto de libertad. El derecho a la libertad de elegir la propia fe fundamenta al mismo tiempo la libertad de todos para buscar la verdad y para la profesión pública de la verdad reconocida. De ahí que la llamada pretensión de absolutez del cristianismo, bien entendida, no sea totalitaria, sino radicalmente antitotalitaria y dialogalmente abierta, abogando también por los derechos de todos. Por eso, la identidad cristiana de Europa sólo puede ser una cultura dialogal, comunicativa, solidaria y acogedora, en la que los hombres de otras religiones sean bienvenidos, si éstos, por su parte, se sitúan sobre el fundamento de la cultura europea

de la libertad, constituida por la antigüedad, el cristianismo y la ilustración moderna.

Aquellos cristianos que superan de forma ecuménica sus diferencias en una diversidad reconciliada, pueden dar testimonio del poder reconciliador de la fe y, así, ser modelos y pioneros de una nueva cultura de la convivencia en solidaridad, paz y reconciliación. Sólo un cristianismo comprometido ecuménicamente puede hacer creíble el lema de la III Asamblea Ecuménica Europea: “La luz de Cristo ilumina a todos los hombres”. Ella es la luz del mundo.

Cardenal WALTER KASPER

